

El lugar de Fontana en la historiografía española¹

Ramón Villares
ramon.villares@usc.es

A finales del mes de agosto de 2018 fallecía en la ciudad de Barcelona el historiador, profesor y asesor editorial Josep Fontana. Nacido a finales de 1931, toda su vida ha estado vinculada a la capital catalana –salvo durante un año de estancia en la Universidad de Liverpool, durante el curso académico 1956/1957, y casi tres años en la Universidad de Valencia, de 1974 a 1976– a través de su trabajo y presencia en dos ámbitos muy concretos: la docencia e investigación universitaria y la dirección o asesoría de proyectos o colecciones de libros en las principales casas editoras de Barcelona, desde Planeta, Enciclopedia Catalana o Ariel hasta Crítica, la más influyente editora de obras de historia desde los años setenta en España. Dotado de una envidiable capacidad de trabajo y de una constancia propia del *clerc* esposado con su disciplina académica, es un autor que, de acuerdo con las estadísticas del *World Cat Identities*, ha mantenido un promedio de quince publicaciones (libros, artículos, prefacios...) anuales desde principios de la década de los sesenta hasta el año de su desaparición. Su vida fue la propia de un intelectual comprometido con su profesión, hasta el punto de que la muerte lo encontró trabajando en su casa estudio del centro histórico de Barcelona, dejando numerosos textos inéditos e incluso libros casi acabados, como el que se ha publicado póstumamente, *Capitalismo y democracia, 1756-1848. Como empezó este engaño* (2019). Su desaparición, sin embargo, no pasó inadvertida. En aquel momento se publicaron algunas notas necrológicas en los principales diarios de Madrid y Barcelona (*El País*, *La Vanguardia...*), a las que siguieron numerosos actos de reconocimiento institucional (universidades, academias, ayuntamientos) y, desde luego, artículos de colegas y amigos en muy diferentes revistas de la profesión, tanto en España como en Iberoamérica. La despedida fue cariñosa, solo turbada por algunas críticas relacionadas con su presunta influencia en la deriva del *procés* independentista catalán, que fueron duramente refutadas por quien apelaba a la «responsabilidad de los historiadores» a la hora de entender y explicar los problemas de la sociedad en la que se vive (Pontón, 2018).

1. Versión ampliada del artículo «Profilo di uno storico spagnolo. Josep Fontana, Storia e impegno civile», publicado en la revista italiana *Passato e Presente*, 109 (2020), pp. 104-118.

Una valoración de conjunto de su obra había comenzado algunos años antes, con homenajes convocados con motivo de sus 70 (Jornadas Historia y proyecto social, Universitat Pompeu Fabra, 2002) y 80 años (Homenaje de amigos y discípulos, Can Fuster-Barcelona, 2011), además de recibir varios doctorados *honoris causa* por parte de cuatro universidades españolas (Valladolid, Girona, Tarragona y Valencia) y una en la Argentina. Con ocasión de su último doctorado celebrado en febrero de 2016, la Universitat de València recogió en un libro específico los discursos académicos pronunciados en aquella ocasión, acompañados de una selección de artículos de Fontana y una muy completa bibliografía del nuevo doctor, compuesta por cuarenta libros y varios centenares de artículos, colaboraciones y prefacios, sin contar los numerosos textos escritos en su función de asesor editorial o editor de obras colectivas (Furió-Ruiz Torres, 2018). Si a la cantidad añadimos la calidad de sus escritos y la constancia con que se ha enfrentado a problemas y épocas históricas del mundo contemporáneo, es evidente que estamos ante un autor prolífico, de gran coherencia intelectual y de enorme repercusión en el campo de la disciplina histórica, lo que lo convierte en uno de los *scholars* académicos españoles más influyente durante los últimos cincuenta años, como se reconoce en el texto más amplio, no exento de algunas críticas *ad hominem*, que se ha escrito tras su desaparición por quien había sido su alumno en la Universitat de València (Piqueras, 2018).

La obra de Fontana como historiador y maestro de historiadores, como asesor editorial y como orientador de la disciplina entre el profesorado de enseñanza media ha sido reconocida en vida y será su mejor legado a la posteridad. No es fácil resumir en pocas páginas un legado tan extenso, pero comenzaremos con la ayuda de algunos de sus colegas más próximos que, en diferentes homenajes en vida o *post mortem*, han tratado de valorar globalmente esta obra. Me permito colocar en el incipit el testimonio de Jordi Nadal, también discípulo del maestro Vicens Vives, quien afirmó que «no he escrito una línea sin tener presente qué podría [Fontana] decir de ella», porque reconocía en su amigo al «historiador más destacado y completo, a mucha distancia del resto, de los que trabajan en la península Ibérica y América latina» (Nadal, 2004: p. XI). Por su parte, los editores del libro *Sobre la Història i els seus usos públics* sostienen que Fontana «es un gran historiador, posiblemente uno de los más grandes de nuestro tiempo» (Furió-Ruiz Torres, 2018: 9), mientras que algunos de sus colegas más próximos, como los historiadores Borja de Riquer y Joaquim Albareda o el editor Gonzalo Pontón, insistieron en la importancia de su magisterio directo con sus libros e indirecto a través de las colecciones editoriales que dirigió o asesoró. En definitiva, para decirlo con palabras del historiador Julián Casanova escritas en el momento de su muerte, estamos ante un «historiador de referencia, respetado y seguido por quienes buscaban caminos de renovación en la enseñanza y escritura de la Historia» (Casanova, 2018).

Llegados a este punto de concordia, sin pasar por alto algunas posiciones críticas, más con su compromiso político (comunista e incluso nacionalista catalán) que con su obra, es preciso explicar cómo ha sido posible que, en el seno de la historiografía española, poco conectada durante largos años con las grandes corrientes historiográficas europeas, haya surgido una figura como la de Josep Fontana hasta convertirse en un referente interno y externo del oficio o *métier* de historiador. Esta pregunta nos lleva a interrogarnos sobre su formación como historiador, el contexto en el que creció y cuáles han sido las grandes líneas de su obra histórica y su significado, para encontrar el lugar de Fontana en la historiografía española, sin renunciar a una valoración de dimensión europea, especialmente con Francia, Italia y el Reino Unido como principales referentes. Para encontrar ese espacio propio, es preciso navegar río arriba y analizar las dos balizas que encuadran su obra: los maestros que lo formaron y la posición en que se hallaba la historiografía española a la altura de los años sesenta/setenta del siglo pasado, cuando Fontana aparece en el panorama historiográfico español con una obra ya madura sobre la quiebra de la monarquía absoluta en España en el periodo de las guerras napoleónicas y el colapso del imperio colonial (Fontana, 1971), considerada como el primer pilar de un ambicioso programa de investigación que el autor mantuvo vivo durante casi cuarenta años.

PERFIL DE UN HISTORIADOR

La profesión de la familia en la que nació Fontana, con un negocio de libros de lance, fue su primera escuela de formación: «toda mi infancia transcurrió entre libros», diría en una de sus entrevistas más personales (Viadel, 2016: 197). Esta familiaridad con los libros no la perdería en toda su vida, lo que facilitó su trabajo de escritor y, sobre todo, de asesor editorial, además de haber construido una biblioteca personal muy extensa y especializada, que ha sido estimada en más de cincuenta mil volúmenes, en gran parte ya depositados en vida en la Universitat Pompeu Fabra de Barcelona (40.765 monografías, folletos y documentos hasta agosto de 2019). Pero el Fontana historiador e intelectual no solo era hijo de los libros, sino de una educación reglada universitaria, de influyentes maestros y también de una militancia política y conciencia social que comenzaron en su propia infancia y que mantendría hasta el final de sus días.

En una buena formación intelectual debe haber algunos maestros. El propio Fontana se ufano toda su vida de haber tenido no uno (que es, con suerte, lo más frecuente) sino hasta tres maestros «imprescindibles», los historiadores Ferran Soldevila, Jaume Vicens Vives y Pierre Vilar, en cuyo espejo vital e intelectual se quiso ver reflejado durante toda su vida. Con el primero aprendió los rudimentos del oficio de historiador, cómo leer e interpretar un documento, pero también apreciar la dignidad de un intelectual catalanista que hubo de vivir largos años

en el exilio interior durante el franquismo y que daba sus lecciones en su propio domicilio particular a uno o dos alumnos: él fue responsable del abandono de su vocación de filólogo semítico en favor de la historia. Con Vicens Vives, que era un brillante profesor universitario y una «isla de modernidad» historiográfica en los años cincuenta (Muñoz, 1997; Gatell-Soler, 2012), sus relaciones fueron mucho más fecundas, en tanto que profesor y orientador de sus primeros pasos como investigador, pero también del papel que un historiador debe desempeñar en la sociedad de su entorno. La marca de Vicens fue indeleble en sus discípulos y Fontana puede considerarse, con el historiador económico Jordi Nadal y el modernista Joan Reglá, un exponente de lo que Vicens denominaba «escuela de Barcelona». Del magisterio que Vicens ejercía dentro y fuera de las aulas universitarias Fontana aprendió la necesidad de tener «responsabilidad cívica», pues –como le recordaba en carta de marzo de 1958– además del método histórico «hay una cosa más importante que la universidad que es el país [Cataluña], que más importante que la ciencia histórica es la universidad, pero que se puede servir al país a través de la ciencia histórica» (Clará, 1994:113). Conciencia profesional y conciencia cívica que acabaría ampliándose con el magisterio del francés Pierre Vilar, un historiador marxista que dedicó gran parte de su vida y obra a entender los «fundamentos económicos de las estructuras nacionales» de Cataluña, con quien entra en contacto a través del propio Vicens, a principios del año 1957. De Vilar aprendió a conciliar el oficio de historiador con la militancia política clandestina, a la que Fontana se incorpora en 1957 con su ingreso en el PSUC, del que sale en los tiempos de la Transición democrática, pero sin abdicar de sus posiciones ideológicas.

Estos son los maestros reconocidos como tales por el propio historiador en textos y entrevistas. A ellos se agregarían algunos otros, más en la distancia, tanto españoles (Manuel Sacristán, Ramón Carande) como ingleses (J. Lynch, E. P. Thompson, E. Hobsbawm), franceses (M. Bloch, A. Soboul) o alemanes (M. Kossok), además de algunos iberoamericanos (M. Moreno Fragnals). Con buena parte de estos colegas mantuvo relaciones personales o correspondencia epistolar durante años. Aunque comparte militancia izquierdista con muchos de estos amigos historiadores, hay una constante que es preciso señalar: se trata de autores que son, a su modo, heterodoxos política e ideológicamente, como el propio Fontana no deja de advertir en diferentes textos. Así valora de forma encomiástica la coherencia ideológica –una vez abandonado el partido comunista– del grupo de historiadores marxistas británicos, en especial a E. P. Thompson y E. J. Hobsbawm, o las posiciones críticas con los regímenes del «socialismo realmente existente» del alemán oriental Kossok, un ejemplo de «ilusiones heroicas», o del cubano Moreno Fragnals, un debelador del «castrismo fosilizado». Es la práctica social y la actitud moral, más que su método o doctrina, lo que Fontana valora en sus maestros y referentes.

De todas formas, la genealogía intelectual de Fontana estuvo claramente vinculada a sus tres reconocidos maestros, con los que, a pesar de sus diferencias,

trató de construir su obra de historiador en constante diálogo con ellos. Con Soldevila, el joven Fontana hablaba de libros, de documentos, de la Cataluña anterior a la Guerra Civil española y de la dignidad de un exiliado retornado. Con Vicens, que era de aquellos que habían optado por no emprender el camino del exilio republicano, de la relación entre maestro y discípulo, de la función social del historiador –«lo que quiero es hombres, no fantasmas eruditos», le advertía en carta personal de febrero de 1957 (Clará, 1994: 109)–, pero también del futuro político de Cataluña. Con Vilar, de la dimensión social del historiador y de su capacidad para entender y explicar los problemas generales del mundo: «en las muchas conversaciones que tuve con Vilar casi nunca hablábamos de historia y pocas veces de libros». Pero el magisterio más importante fue sin duda el de Vicens Vives, un historiador fallecido en 1960 pero que no ha dejado de ejercer una fuerte influencia intelectual e historiográfica desde entonces hasta el momento actual, a través de su obra y de la escuela que creó, con Fontana y J. Nadal como primeros espadas. El discípulo Fontana no solo ha profundizado en los caminos abiertos por el maestro en el intento de entender la historia española desde Cataluña, sino que también ha seguido la máxima vital de Vicens de superar las adversidades (*super adversa augere*), actitud en la que «Fontana ha sido un gigante», a juicio de su amigo y editor Gonzalo Pontón.

Además de haber tenido la fortuna de contar con varios maestros en su periodo de formación, el joven Fontana debía buscar un lugar en la comunidad de historiadores que Vicens Vives comenzó a construir en los años cincuenta. Esto suponía escoger un campo de trabajo y lograr una cierta estabilidad profesional. En el primer objetivo, el papel de Vicens fue todavía decisivo, pero su prematura muerte dificultó el segundo, y no se incorporó plenamente a la docencia universitaria hasta 1974, cuando se convierte en catedrático de Historia Económica en la Universitat de València. Allí permaneció poco más de dos años, pero su «manera de concebir y practicar» el oficio de historiador y su magisterio entre estudiantes de las facultades de Economía y de Historia ha tenido una repercusión tan profunda que «nunca se ha ido del todo» de aquella ciudad y universidad (Furió-Ruiz, 2018: 21). Desde su retorno a Barcelona en 1976, ejerció la docencia en dos universidades: la Autònoma de Barcelona y, desde 1991, la Pompeu Fabra, donde creó un instituto de investigación en historia con el nombre del maestro Vicens Vives, además de desarrollar de modo pleno su programa de historiador y de asesor editorial. Antes de ejercer como profesor, Fontana había cubierto toda una década de formación menos reglada, más fuera que dentro de las aulas universitarias, en la que combinó el trabajo académico con la dirección de proyectos editoriales, como la versión española de la enciclopedia Larousse, y una activa militancia política en la oposición antifranquista, razón que explica su expulsión durante años de su puesto de profesor universitario a raíz de la huelga de profesores de 1966, conocida como la Caputxinada, promovida por el PSUC.

La obra de Fontana como historiador debe analizarse a partir de su propia formación y también del estado en que se encontraba la historiografía española de su tiempo, la que se practicaba desde los años sesenta del siglo pasado. En cuanto a su formación, ya entrevista a través de las relaciones con sus principales maestros, es preciso llamar la atención sobre los tres factores que definen cabalmente el oficio de historiador: base empírica, interpretación de los hechos, capacidad narrativa. En estos tres rubros destacó claramente el Fontana historiador, que siguió y perfeccionó muchas de las pautas de sus maestros, en especial las practicadas por Vicens Vives, que era capaz de unir el dominio de las fuentes a la elegancia narrativa y la inserción de un problema particular en un cuadro histórico general. La base empírica de la obra de Fontana es extraordinaria, en especial en su dominio del «estado de las artes» de cada temática que se propuso afrontar. No tuvo una especial obsesión por las fuentes de archivo, que sustituyó con ventaja a través de la más completa bibliografía, coetánea o reciente, que fue capaz de acopiar gracias a su voracidad de lector. Era un lector experimentado desde su infancia, acostumbrado a redactar los catálogos de la librería familiar, lo que le permitió aprender cómo encontrar rápidamente las perlas y los errores que los libros suelen esconder. El resultado fue no solo la extensa obra que escribió, sino la facilidad para conectar con un público lector que iba más allá de los muros académicos. Como los grandes autores clásicos, su prosa tenía compasión del lector no solo por la debida cortesía de la claridad sino por la conexión que establecía entre problemas históricos y realidades presentes.

Uno de los objetivos más constantes de la obra de Fontana fue renovar y transformar el estado de la historiografía de su tiempo, tanto con la elección de los temas de investigación como con la conexión con las grandes corrientes historiográficas extranjeras. En esta dirección había caminado con paso seguro el maestro Vicens Vives, conectado con la escuela francesa de los *Annales*, pero sin dejar de atender los nuevos rumbos de la historiografía alemana y de la italiana, con la que entra en contacto a finales de los cuarenta, «en su primer viaje al extranjero» (Muñoz, 1997: 179). Su participación a partir de 1950 en algunos congresos internacionales de historia (Ciencias Históricas: París, 1950, Roma, 1955; Historia Económica: Estocolmo, 1960) es la mejor muestra de esta extensa red de contactos de Vicens, favorecida por las relaciones personales con algunos hispanistas ya consagrados (Fernand Braudel, Pierre Vilar) o más jóvenes (John Lynch, John Elliot). En esta línea continuaron los discípulos de la «escuela de Barcelona», como Jordi Nadal y Josep Fontana, el primero centrado en el estudio de la demografía y la economía industrial españolas y el segundo en la génesis de la sociedad liberal a partir del colapso del imperio colonial y la influencia de la Revolución francesa. Era la continuidad del proyecto intelectual esbozado en la obra *Industrials i polítics* (Vicens, 1958), verdadero *turning point* historiográfico. Ahora bien, la historiografía española a partir de los años sesenta no solo cambió en Cataluña, sino que experimentó una notable transformación tanto de

enfoque como de temáticas en toda España, después de dos décadas de «apogeo e inflación de la historiografía positivista y nacionalista» (Jover, 1976: 281), consecuencia de la Guerra Civil y del exilio republicano. El vacío dejado en España por la generación intelectual y literaria que se conoce como la Edad de Plata española fue ocupado, en el campo de la historia, por los estudios de arqueología y, sobre todo, por la temática del *americanismo* nostálgico de la época imperial de España, con fuerte peso ideológico heredado de Menéndez y Pelayo y una total ausencia de la historia contemporánea, concretada en la constante «difamación del siglo XIX» (Jover, 1976: 284).

El viraje historiográfico en España, más allá de los esfuerzos del propio Vicens y de la aparición de las primeras obras de Miguel Artola que trataba de conectar con la tradición liberal de la preguerra y «revisar los temas cruciales de la historia moderna y contemporánea de nuestro país» desde los años cincuenta (Pérez Ledesma, 1994: 10), se comienza a concretar en la década de los sesenta, con tres líneas de acción muy claras: la primacía de la historia social y económica frente a la historia política y *evenementielle*, tan combatida por Lucien Febvre; el «desarrollo espectacular» –en palabras de Jover– de la historia contemporánea frente al americanismo del periodo imperial; y, en tercer lugar, el comienzo de una especialización regional que llegará a sus máximas cotas después de la Transición democrática y la creación del Estado de las autonomías. En toda esta transición historiográfica es preciso tener en cuenta la influencia en España de los miembros del grupo francés *Annales*, que después de alcanzar su cenit en los años sesenta y primeros setenta comienza a experimentar una cierta decadencia –como nuestro autor mostró en un precoz y controvertido artículo (Fontana, 1974)–, que fue reemplazada por el marxismo como método historiográfico, inicialmente recibido a través de autores franceses y, más tarde, ingleses, alemanes e italianos. Además, durante los años sesenta comenzó una fuerte expansión de la educación superior y tuvo lugar la creación paulatina de una comunidad de historiadores, a través de revistas especializadas y asociaciones profesionales. Si se puede afirmar que en España hubo un milagro económico en la década de los sesenta, este estuvo también acompañado no solo del crecimiento industrial o del éxodo agrario, sino de una generalización de la educación en sus tres niveles (Pérez Garzón, 2017)

LA GÉNESIS DE LA REVOLUCIÓN LIBERAL

El más importante y continuado programa de investigación de Fontana fue, sin duda, el dedicado al estudio de la génesis de la sociedad liberal española, un «proyecto de media vida» que se plasmó en su primer gran libro dedicado a la quiebra de la monarquía absoluta (Fontana, 1971) y concluyó con el volumen general sobre la época del liberalismo en la colección *Historia de España* (Fontana, 2007). En medio de estos pilares están otras obras, en gran parte centradas en temas

hacendísticos, como «metamorfosis de la revolución liberal» (Comín, 2004), la desamortización de Mendizábal, un volumen de gran calidad y madurez dedicado al fin del Antiguo Régimen en Cataluña (Fontana, 1988) y, de forma especial, artículos breves luego reunidos en un libro de gran impacto, sobre cambio económico y actitudes políticas en la España contemporánea, muchas veces reeditado (Fontana, 1973). El programa de Fontana era el complemento político e institucional (en gran medida, hacendístico) del estudio de la industrialización española mantenido por su colega Jordi Nadal, ambos con fuerte impronta comparatista. Si en el caso de Fontana el telón de fondo es la revolución política francesa, en el de Nadal lo es la británica. Y en ambos casos alienta otra tensión comparatista, la que existe entre la Cataluña industrial y la España agraria que tanto Vicens como Vilar convirtieron en el relato implícito de sus obras de ensayo y de investigación.

La elección de estos temas no es, por tanto, algo casual: tiene una razón historiográfica pero también política, ya que enlazan con la necesidad de explicar el atraso económico y la debilidad política del liberalismo en España, que los conflictos de la II República y la Guerra Civil colocaron en la agenda política de la izquierda española. En el fondo, el modo de entender la España contemporánea, a partir de la crisis *fin-de siècle* y la literatura regeneracionista, reforzaba el estereotipo del excepcionalismo como una pálida versión ibérica del *Sonderweg* alemán, en el que se fundían atraso económico y político, definido en el célebre Informe de Joaquín Costa como «oligarquía y caciquismo» en el Ateneo de Madrid (1901). La necesidad imperativa de una reforma agraria era la conclusión de aquel diagnóstico regeneracionista, lo que solo pudo ensayarse durante la II República. La derrota militar de 1939 alimentó la idea de que su causa derivaba, entre otras razones, del peso económico y político del latifundismo agrario, lo que colocó de nuevo la cuestión agraria entre las tareas pendientes de la oposición antifranquista y en el diseño de la transición a la democracia. Era preciso entender cómo se habían fraguado históricamente las grandes lacras de la España contemporánea, que en los años sesenta se solía definir todavía como una sociedad «dual» (N. Sánchez-Albornoz) e incluso «semifeudal» (P. Vilar). Los primeros pasos de Fontana como historiador, expresados en su correspondencia con Vicens durante su estancia en Liverpool, se habían encaminado hacia el estudio de la propiedad de la tierra en la España del siglo XIX y más concretamente, como le sugiere su maestro, en la «transformación territorial de las leyes de desamortización de 1837 y 1855», porque lo que le interesaba a Vicens no era la dimensión política de la desamortización, sino «la transferencia de propiedad como motivo de ruptura de la estructura económica española de mediados del siglo XIX» (Clará, 1994: 103-104). Las investigaciones de Fontana no seguirían de inmediato estas recomendaciones, pero el interés por la desamortización nunca lo abandonó. En todo caso, ya muerto Vicens, el programa de investigación de Fontana se centró en el estudio de la transición del *ancien régime* al liberalismo o, dicho de otro modo, del paso del feudalismo al capitalismo.

Esta temática no era desconocida en la tradición historiográfica española, pues algún autor coetáneo ya había sostenido que, a pesar de haberse tratado de una revolución «chiquita» en comparación con la francesa, sus transformaciones habían sido tan profundas que dejaron «el Estado como molido», en palabras escritas en 1839 (Alcalá-Galiano, 1955). Pero aquella perspectiva del primer liberalismo fue perdiendo fuerza hasta que la literatura regeneracionista cambió el enfoque, al negar que en España se hubiese producido ni una revolución política ni tampoco una ruptura con el *ancien régime* (Pérez Garzon, 1980). Era preciso analizar de modo integral y comparado el proceso revolucionario español y aquí nos encontramos con el programa de investigación de Josep Fontana, quien desde 1971 desarrolla su investigación, con sucesivas modulaciones, aunque no virajes interpretativos, en torno a la naturaleza de la revolución española. Sus resultados se pueden condensar en dos grandes ideas. La primera, que la quiebra de la monarquía absoluta, comenzada en 1808, no podía explicarse con las herramientas propias de la historia política tradicional, aquella que, inspirada por F. Suárez Verdaguer y sus discípulos, contaba los acontecimientos como accidentes puramente cortesanos sin vinculación con razones sociales y económicas. Fontana sostiene, ya en la primera versión de su libro en 1971, que hay razones estructurales que la explican, pues la «crisis del estado» fue debida a la situación económica, los problemas de Hacienda y el colapso del Imperio americano. Como afirma en su nueva edición de *La quiebra*, «la libertad de América fue una de las razones que hicieron necesario el fin del absolutismo en España» (Fontana, 2002: 31). La segunda idea-fuerza es la definición de la naturaleza social y política de la crisis del *ancien régime*, como una revolución auténtica o quizás tan solo como una revolución «chiquita» o incluso fallida. En esta definición está implícito el gran debate historiográfico registrado en la España de los años setenta, movido por la ambición de conocer el proceso fundacional de la sociedad contemporánea. De los orígenes de aquel proceso ya se había ocupado Miguel Artola (1959), pero en los años setenta el protagonismo lo tenía la transición del feudalismo al capitalismo inspirado por la obra de M. Dobb y sus seguidores.

El debate se centraba, pues, en saber si realmente había habido una revolución burguesa en España, cuestión directamente asociada a las tesis de la oposición antifranquista sobre la alternativa política a la dictadura, esto es, si se podía desembocar directamente en una sociedad posfranquista en camino hacia el socialismo o era preciso, previamente, afrontar la tarea de realizar una revolución burguesa y, por tanto, dar prioridad a una alianza con la burguesía más liberal. La posición historiográfica de Fontana, en los años setenta, participaba de estas discusiones que enlazaban con el debate europeo sobre la reforma agraria «campesina» (Soboul) o «prusiana» (Conze) y, en otro contexto, con el debate italiano sobre la «rivoluzione agraria mancata» centrado en las figuras de Emilio Sereni y Rosario Romeo, en vigor hasta los años setenta del siglo pasado (Nenci, 2004; Visciola, 2005). En el caso español, la posición de Fontana se hace bien

explícita en un texto breve en el que sostiene una de las visiones más divulgadas de aquella transición: «En España, la liquidación del Antiguo régimen se efectuó mediante una alianza entre la burguesía liberal y la aristocracia latifundista, con la propia monarquía como árbitro, sin que hubiese un proceso paralelo de revolución campesina» (Fontana, 1973: 161).

Es claro que en esta conclusión fontaniana se encuentran algunos de los puntos centrales de la interpretación canónica de la revolución liberal de los años setenta y ochenta. La política de alianzas o pactos interclasistas, la marginación del mundo rural y la posición lampedusiana de la monarquía española son imágenes bien acuñadas en esta visión historiográfica que otros autores, como Miguel Artola, reforzaron con su tesis del «paso del Rubicón» de la nobleza terrateniente sin apenas merma de sus posiciones patrimoniales (Artola, 1978). En la estela de la obra de Fontana fue formada más de una generación de historiadores que buscaron afanosamente la confirmación de estos supuestos con sus pesquisas regionales o locales y que debatieron vivamente sobre la existencia o no de una revolución burguesa en la España del siglo XIX. Los resultados de aquellas investigaciones, como se reconoce en los diversos *status questionis* realizados, han sido más que fecundos (Clavero *et al.*, 1979; Ruiz Torres, 1994) y el debate sobre la revolución burguesa en España se comenzó a zanjar desde principios de los ochenta (Pérez Garzon, 1980; Álvarez Junco, 1985). La posición de Fontana, reticente a admitir la existencia de una revolución burguesa en España, era claramente epocal y en esta perspectiva se puede hacer de este autor, y de muchos otros, una lectura presentista, pero sin traspasar el umbral de un juicio de intenciones. Sin embargo, es evidente que la obra tenía, en 1971, una dimensión más que historiográfica, como ha reconocido su editor en fechas recientes, al señalar que «la censura se tragó [el libro] sin advertir el paralelismo que establecía entre la España de Fernando VII y la de Franco» (Pontón, 2017). De lo que no cabe duda es que este libro de Fontana cimentó el monumento de su obra historiográfica y así fue entendido en el momento de la publicación, como no deja de anotar el exiliado Max Aub, de viaje por España en la primavera de 1972, cuando se extraña de que, a pesar de haberle sido dedicada una página entera en la revista *Triunfo* escrita por Antonio Elorza, el corresponsal catalán de la revista (Vázquez Montalbán) se quejó de que el libro no hubiera sido definido como «genial, admirable, incomparable» (Aub, 2003: 340-341). Algo del difícil diálogo entre Madrid y Barcelona estaba, ya entonces, detrás del comentario del autor de *La gallina ciega*.

Este primer gran libro de Fontana inauguró una serie de publicaciones sobre la transición del feudalismo al capitalismo, pues, como décadas después reconocería su autor, «lo que había estudiado no era la crisis y hundimiento de un régimen», sino la «creación de uno nuevo» (Fontana, 2006: 10). Era la sociedad capitalista lo que le preocupaba y esta obsesión marca claramente toda su producción intelectual, que mantiene una coherencia básica con sus principios doctrinales pero que modula o *aggiorna* con el paso del tiempo, sin grandes

mutaciones o virajes. En realidad, nunca abandonó este campo de trabajo y en el conjunto de la historiografía española no ha habido otro que, con Miguel Artola, lo haya cultivado con tanta intensidad. A la quiebra de la monarquía absoluta siguieron dos trabajos de fuerte base empírica sobre los problemas de Hacienda, una síntesis sobre el periodo que tuvo gran impacto entre los estudiantes de historia contemporánea (Fontana, 1979), algunos estudios más reducidos sobre la desamortización de Mendizábal o la privatización de los bienes comunales, y una visión de conjunto sobre el final del antiguo régimen y la industrialización catalana, incluida en la *Historia de Catalunya* dirigida por Pierre Vilar (Fontana, 1988). En esta obra, el autor logra hacer una historia «total», desde la demografía o la industria hasta la cultura y el pensamiento, en la que se avanzan algunos enfoques de un relato nacional catalán que alcanzará su mejor expresión en su muy celebrada obra sobre la formación de la identidad catalana (Fontana, 2014)

El broche con que cierra sus estudios sobre el periodo del liberalismo español es la obra, incluida en la *Historia de España*, titulada *La época del liberalismo* (Fontana, 2007). La obra es, a la vez, un balance y una respuesta a los muchos avances que la historiografía española, desde la historia agraria a la social o política, ha aportado desde la década de los noventa del siglo pasado, avances que traté de compendiar en el homenaje que se le tributó en 2002 en la Universitat Pompeu Fabra (Villares, 2003). La posición de Fontana fue, sin embargo, bastante impermeable a un diálogo con sus colegas y discípulos (desde Ramón Garrabou a Jesús Millán o Pedro Ruiz Torres) y apostó por reforzar sus propias interpretaciones de la revolución liberal española, incluso desde una perspectiva más defensiva, como se pone de manifiesto en el debate publicado en la revista *Ayer*, entre Jesús Millán y el propio Fontana, a propósito del «agotamiento explicativo del fracaso» del liberalismo español (Millán, 2015; Fontana, 2015). En la obra de Fontana, el protagonista no es el viejo régimen o la monarquía absoluta sino la revolución, concepto con el que titula la mitad de los capítulos del libro, pero en ella sigue manteniendo una visión pesimista sobre los efectos de la transición al capitalismo en la España del siglo XIX, debido al «proceso de despojo de los campesinos», la derrota de la alternativa progresista y una visión moral del proceso, al insistir en la idea de una «revolución traicionada» o «falseada», lo que se resume en quince años de «intentos democratizadores» y sesenta y seis de «contrarrevolución». En vez de dirigir sus dardos contra la monarquía absoluta, ahora las invectivas se colocan en el blanco del pensamiento neoliberal y en una «cierta izquierda» que se dedica a denunciar las «carencias de una revolución burguesa, como si a la burguesía le hubiese quedado algo por ganar en estos años» (Fontana, 2007: 401). Es una visión sombría de la España liberal, pero es indudable que no se trata de una ocurrencia, sino de todo un balance intelectual y vital, el propio de un historiador que aprendió desde su juventud que de poco vale el trabajo académico si no tiene repercusión en el debate social y político.

ARMAS DE HISTORIADOR

Un balance de la obra del Fontana historiador quedaría incompleto sin tener en cuenta otra línea de trabajo que mantuvo de forma constante durante toda su vida. Me refiero al esfuerzo por sistematizar las bases del oficio de historiador, reflexionar sobre la evolución de la historiografía y divulgar los modos de enseñar historia entre lectores que deseaban disponer de un guía seguro en su oficio de profesor (en especial, en la enseñanza secundaria) y disponer de un referente intelectual para los movimientos sociales y la nueva política. Fontana fue un profesor muy conciencioso, que escribía sus conferencias e incluso sus lecciones universitarias, que fue capaz de establecer un contacto directo con sus estudiantes universitarios y, de forma especial, con el profesorado de historia en la enseñanza media e incluso básica, gracias a sus libros de introducción a la historia y a las múltiples conferencias e intervenciones que realizó en seminarios de didáctica de la historia, organizados por los Institutos de Ciencias de la Educación de las universidades (ICE) y por asociaciones de didáctica como Fedicaria o Cronos (Cuesta, 2019). Su vinculación con los «docentes que trabajan en los institutos y las escuelas» la adquirió muy pronto, incluso como contrapeso a los sinsabores que le proporcionaba la enseñanza universitaria, como revelan sus confidencias con Ramón Carande, quien le animaba a seguir y le advertía de que «no podemos desertar». La consecuencia fue que Fontana mantuvo de forma permanente una fidelidad básica con la historia como actividad investigadora y como una herramienta didáctica capaz de enseñar a pensar. Por eso, su magisterio historiográfico fue mucho más allá de la ambición de crear una «escuela» al modo de su maestro Vicens. Era un magisterio más difuso y abierto y este lo ejerció, sobre todo, a través de sus sucesivos textos de introducción a la disciplina histórica.

En sus reflexiones sobre el oficio de historiador gustaba de partir del ejemplo de autores como Antonio Gramsci o de Marc Bloch, que insistían en la necesidad de considerar esta disciplina como una herramienta que ayudase a cambiar el mundo y que estuviese pensada de forma inclusiva para todos, hombres y mujeres, más allá de la necesaria erudición o del goce estético del proceso de investigación. En suma, una concepción de la historia como un proyecto social, como un modo de cambiar el presente y pensar el futuro. Fue la aportación en la que Fontana cosechó una mayor adhesión, social y profesional, y a la que dedicó una buena cantidad de libros, de los que cabría destacar dos. El primero, ampliación de un texto breve y divulgativo titulado simplemente *La historia* (1974), es el dedicado al análisis de la «teoría de la historia» desde los orígenes griegos hasta las grandes corrientes historiográficas del siglo XX, incluyendo dos largos capítulos sobre el marxismo. El título de la obra era toda una declaración historiográfica e ideológica: *Historia, análisis del pasado y proyecto social* (1982). Fue una obra apreciada de modo contradictorio por el autor, los lectores y sus críticos. El autor confesaba en el prefacio, quizás curándose en salud, que se trataba de un libro en

el que «no se ha querido mostrar la evolución de la historia como «ciencia», sino de dar una visión «política» de tal evolución». Esto es lo que anunciaba en sus primeras páginas, pero terminaba con otra confesión no menos esclarecedora, que es considerar la historia como una «técnica» o «herramienta para la tarea del cambio social» (Fontana, 1982: 12 y 261).

A pesar de esta claridad, el autor no estaba muy satisfecho de este libro y al poco tiempo anunciaba que le gustaría escribirlo de nuevo (Piqueras, 2018: 170-171). Tardó varios años en hacerlo, pero lo logró, después de un texto de combate contra las tesis de Fukuyama, con su segundo libro sobre la materia: *La historia de los hombres* (2001), en el que sigue revalidando su concepción de la historia como un saber que debe ocuparse de toda la humanidad, de las mujeres, los oprimidos y los humildes antes que de las élites y los poderosos: una «obra maravillosa», propia de un «misionero laico» (Nadal, 2004: XIII). En definitiva, la historia como un saber no encerrado en los muros académicos, sino como arma de combate y de intervención social. Aunque advertía de la rigidez de algunas de sus propuestas y de la dureza con que trataba a escuelas historiográficas y autores muy consagrados (sobre todo, del grupo francés de Annales), aquellos libros fueron un éxito editorial y ejercieron una gran influencia en la creación en España de un cuerpo de pensamiento sobre la disciplina histórica, quizás porque estaba más cerca de las posiciones políticas de Gramsci que de las precisiones de método de Marc Bloch.

Durante los diez últimos años de vida, Fontana efectuó un cierto viraje historiográfico o, al menos, una concentración de sus esfuerzos de investigación y de publicación en campos ya conocidos en la bibliografía internacional pero mucho menos explorados en la española. De ocuparse de la génesis de la España contemporánea pasó a interesarse por dos temáticas diferentes, aunque nada infrecuentes en las biografías de grandes historiadores: la historia del mundo y, *appel du pays*, de la historia catalana en tanto que visión general de esta. En esta fase vital, las publicaciones de Fontana se centraron en explicar los orígenes del mundo presente. A través de cortos artículos de prensa, de conferencias académicas y, sobre todo, de dos extensos libros; trató de mostrar de forma directa cuáles eran las razones que explicaban el fracaso del «socialismo realmente existente» y, a la vez, de los niveles insostenibles de desigualdad en que está cayendo el «capitalismo realmente existente». Si algo sobresale en estas últimas publicaciones es la coherencia con que Fontana, después de predicar la buena nueva de una historia que, más que ciencia, debería ser arma para el cambio social, trató de mostrar con gran aparato bibliográfico cómo el mundo había caminado, desde 1917, por sendas equivocadas que desembocaron en la crisis del presente.

Esos dos «monumentales» libros se pueden considerar parcialmente como un testamento historiográfico del autor, tanto en sus contenidos como en sus enfoques, al romper el eurocentrismo y criticar la idea de progreso como motor de la historia. El más ambicioso es, sin duda, *Por el bien del imperio* (2011), que está

concebido como una «historia del mundo desde 1945», y un segundo texto, algo más corto, *El siglo de la revolución* (2016), también con el subtítulo de «una historia del mundo desde 1914». La recepción de ambos libros fue entusiasta, con numerosas reediciones y excelentes reseñas críticas que no dejaron de alabar su «ambición intelectual y solvencia científica», equiparándolo con las obras de Eric J. Hobsbawm y Toni Judt (Riquer, 2018). Desde el propio título se advierte que cada obra tiene un protagonista: el imperio americano y el imperio soviético, el capitalismo y el socialismo «realmente existentes». Las dos obras están muy conectadas entre sí, incluso con enfoques y contenidos que se repiten, porque tienen un hilo común que las une: explicar los límites de la revolución socialista y comprobar las consecuencias del triunfo del sistema capitalista, en «un final no previsto». Es evidente que parten de una posición ideológica muy crítica, más con Estados Unidos que con la URSS, mediando incluso confesiones de carácter moral como el «sentirse engañado» por la evolución del mundo desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta la actualidad, un mundo repleto de promesas incumplidas sobre la paz, la libertad y la igualdad. Podría resolverse el asunto con un texto corto y de combate, pero el autor ha optado por hacer una «reflexión documentada», con un despliegue bibliográfico y documental (incluida una masiva consulta de textos oficiales *on-line*) que desborda cualquier previsión. Solo en el primero de los libros, que consta de más de 1200 páginas, se incluyen doscientas páginas de referencias bibliográficas que, de modo prudente, se pueden estimar en más de cuatro mil títulos de artículos o libros. El carácter misional que tenían los textos de Fontana sobre la disciplina histórica se transforma en un largo y duro alegato, muy bien escrito y documentado, contra los males del presente: la flaqueza de las ideologías, el excesivo poder de la «empresa libre», el combate contra las conquistas obreras y sindicales y, de vez en cuando, la pérdida de poder del Estado nación.

Y aquí encontramos un hilo que nos lleva a la identidad catalana y su formación histórica, condensada en un libro publicado en 2014, al poco tiempo de haber sido el inesperado protagonista de un polémico congreso inaugurado a fines de 2013 con una conferencia plenaria del propio Fontana (2013). Esta conferencia, el libro posterior y algunos artículos o entrevistas en prensa alimentaron la idea de que Fontana había abandonado su ideología marxista en favor de posiciones nacionalistas esencialistas, lo que le valió entusiastas adhesiones en parte de las elites cultas catalanas y severas críticas fuera de Cataluña, incluida alguna procedente de antiguos admiradores (Cuesta, 2019). La verdad es que en estas críticas había mucho de *parti pris* y una gran confusión entre la defensa de la movilización política catalana y el giro ideológico de nuestro autor, dado que nunca se recató de manifestar que «la independencia de Cataluña era una insensatez» (Pontón, 2018). En todo caso, la polémica que le rodeó en sus últimos años de vida no es nueva. Sus posiciones historiográficas y políticas han sido objeto de filias y fobias desde hace muchas décadas –ya lo vimos con ocasión de su primer

gran libro de 1971– y su insistencia en considerar la historia como un arma de combate ideológico y político ha sido su marca personal. A pesar de nacer, vivir y morir en Barcelona, su obra es claramente cosmopolita, su marxismo heterodoxo y su militancia política poco sujeta a corsés de partido.

UN LUGAR EN LA HISTORIOGRAFÍA

La obra de Fontana sumariamente evocada en las páginas anteriores es muy amplia y de temática variada, de suficiente calidad e influencia para colocar al autor en el Parnaso de la historiografía española del último tercio del siglo XX y primeras décadas del siglo actual. Se ha sostenido que nuestro autor «ha sido el historiador español más internacional y el más traducido a otros idiomas» y que, además, ha sido «el más influyente en varias generaciones de profesores y jóvenes estudiantes desde 1980 a nuestros días» (Piquerías, 2018: 148). A la pregunta inicial de saber cómo ha sido posible que apareciese este *scholar* en la comunidad historiográfica española, la respuesta ha sido clara: buenos maestros, voluntad de trabajo, capacidad narrativa y vinculación con un proyecto político de transformación de la sociedad. Todo esto explica su permanencia estelar en el cielo de la historiografía española durante cuatro décadas y una influencia extensa y profunda sobre la comunidad profesional de los historiadores. Sin embargo, es más difícil medir la influencia de un autor que la difusión real de su obra, a pesar de la actual sofisticación con que se elaboran los «índices de impacto» y se practica el canibalismo «citacional». En el caso de Fontana, además de testimonios cualitativos, podemos acudir a alguna base de datos que ofrezca una referencia comparada de su obra con la de sus compañeros de generación e incluso con alguno de sus maestros, españoles y extranjeros. En la tabla adjunta se recogen algunos indicadores de la producción cuantitativa de casi dos decenas de historiadores españoles nacidos entre 1900 y 1936. En ella se puede comprobar que la posición de Fontana es sólida en cuanto a número de obras (libros, artículos, prefacios...), ediciones totales y lenguas de difusión, aunque está claramente superado por sus maestros (Soldevila, Vicens), autores algo mayores (Caro, Maravall, Domínguez Ortiz, Tuñón) y por alguno de sus coetáneos (Artola o Jover); es el historiador de la economía que está mejor representado en los repertorios bibliográficos, incluido el nombre de su discípulo Jordi Nadal, que se halla cerca del umbral fijado, y es también, con Vicens, el historiador español que tiene mayor número de obras publicadas en otras lenguas.

Aunque la cantidad no lo define todo, ni tan siquiera el grado de influencia de cada autor, estos datos pueden tomarse como una referencia para entender la posición de Fontana en el contexto español, que por otra parte está bastante peor representado en este repositorio (*World Cat Identities*) que las grandes figuras de la historiografía extranjera de un análogo tramo de edad (de Thompson y

Hobsbawm a Braudel, Furet, de Felice o Kocka). En difusión internacional de su obra, Fontana se coloca en buena posición gracias a su participación en el proyecto de cinco editoras europeas (Crítica, Laterza, Seuil, Blackwell y Beck) para editar en cada una de sus lenguas una obra sobre la historia de Europa, en la que Fontana participó con el libro *Europa ante el espejo (L'Europa allo specchio. Storia di una identità distorta)*, Laterza, 1995), traducida además al checo, japonés, portugués y ruso. Pero una cosa es la edición de libros en otras lenguas y otra la influencia o presencia de su obra en textos escritos por otros historiadores, donde la ausencia de la historiografía española, ya no como autores sino como referentes, ha sido una de las expresiones más claras de la insularidad cultural española desde la Guerra Civil de 1936, y como referencia remito a una obra de carácter global donde las menciones españolas son básicamente de la época medieval o de la conquista americana (Woolf, 2011). Solo en algunas disciplinas, como la historia económica moderna y contemporánea, la presencia internacional de nombres españoles ha sido cada vez más frecuente, a partir del trabajo pionero de J. Vicens Vives y su traducción al inglés de su *Manual de Historia Económica de España*, en 1969. Dos de sus más directos discípulos lo continuaron con su participación en la *Economic History of Europe*, dirigida por Carlo M. Cipolla, con un capítulo sobre la industrialización española (Fontana y Nadal, 1976). Sin embargo, esta presencia internacional no se tradujo en una participación más intensa en proyectos colectivos, salvo el caso de la colección de historia europea ya mencionada. Ciñéndonos al ejemplo de la historiografía italiana, con la que mantuvo un contacto permanente en consejos asesores de revistas (caso de *Passato e Presente*) o en instituciones como el IUE de Florencia, la presencia del nombre de Fontana es realmente escasa, tanto en la revista *Passato e Presente* –de la que fue asesor y en la que publicó un único artículo (Fontana, 1986)– como en colecciones más ambiciosas, como la *Storia d'Europa* (Einaudi) de la década de los noventa del siglo pasado, en cuyo índice bibliográfico su nombre no aparece citado.

Además de su obra escrita y publicada, una de las tareas más sistemáticas de la obra de Fontana como historiador no siempre está respaldada por su firma. Son el resultado de trabajos de coordinación de proyectos editoriales y de asesoría de colecciones de historia. En el libro homenaje editado con ocasión de su *jubilatio* académica, se incluye una carta personal de Eric J. Hobsbawm que insiste en que, además de la ingente obra personal que caracteriza al historiador de Barcelona, una aportación no menos relevante fue «your guiding influence in historical publishing» (Fontana, 2004: XVI). Aunque la cita de autoridad no existiese, es patente que en el trabajo de Fontana como historiador, además de escribir libros y de orientar a profesores y lectores amantes de la disciplina histórica, hubo un trabajo más oscuro pero decisivo a la hora de coordinar equipos de trabajo, culminar proyectos bibliográficos colectivos y, de forma especial, ser el avalista editorial durante cuatro décadas de gran parte de la producción historiográfica

del interior y ser el introductor en España de obras de autores extranjeros que resultaron decisivos para renovar la historiografía española.

Como asesor editorial, es bien conocida su presencia en la editorial Ariel desde los años setenta, donde comenzó a orientar una colección de historia en la que se publicaron autores tanto españoles (Nadal, Domínguez Ortiz) como extranjeros (Vilar, Febvre, Hamilton, Hobsbawm) y «algunos historiadores marxistas británicos» (Pontón, 2017). En compañía del editor Pontón, que también estaba en Ariel, acabará siendo el gran asesor de la nueva editorial Crítica, fundada en 1976 dentro del grupo Grijalbo, antes de integrarse en Mondadori y, finalmente, en el grupo Planeta. Durante más de tres décadas, Fontana entregaba cada semana precisos informes sobre originales presentados o sobre propuestas de traducción al español de autores extranjeros. El catálogo de muchos cientos de títulos de libros de historia publicados desde entonces por Crítica tiene el aval directo o indirecto de Fontana, en una labor asesora que podría compararse a la de Franco Venturi o Delio Cantimori en la editorial italiana Einaudi (Viarengo, 2014: 192 y ss.; Mangoni, 1999: 95 y ss.) o de Pierre Nora en la editorial francesa Gallimard (Dosse, 2018, II, 171 y ss.). Pero asesorar significa seleccionar y, en este sentido, las pautas de Fontana han estado guiadas por el impulso dado a la publicación de obras colectivas escritas por nuevas generaciones de historiadores españoles (crisis del Antiguo Régimen, historia agraria, II República, franquismo, memoria histórica...) y animar una visión integrada de la producción historiográfica local. En cuanto a traducciones, ha privilegiado la presencia de autores del grupo marxista anglosajón (Hill, Thompson, Hobsbawm, Brenner) y de la que consideraba la mejor historiografía francesa (de Bloch a Vilar o Vovelle), sin descuidar la historia económica alemana (Kriedte, Medick...), ni la presencia de autores italianos (Sereni, Mori, Cipolla), latinoamericanos (Moreno Friginals, Ciro Cardoso, Pérez Brignoli) o de los estudios subalternos (R. Guha).

De modo paralelo, su buen conocimiento del mundo editorial español, en especial el asentado en Barcelona, le permitió convertirse en un coordinador de obras colectivas de gran aliento, como la *Historia Universal* editada por Planeta en doce volúmenes, en la que él mismo escribió el dedicado a la «era de las revoluciones» (Fontana, 1990). Su última obra de dirección fue la que aceptó hacer con el autor de este artículo, la *Historia de España*, editada entre dos editoriales especializadas en libros de historia, Crítica (Barcelona) y Marcial Pons. Ediciones de Historia (Madrid), en la que nuestro autor escribió uno de sus volúmenes, ya comentado (Fontana, 2007), que está en los primeros puestos de venta de toda la colección. Si mi testimonio personal tiene algún valor, debo decir que fue muy cómodo trabajar en aquella coedición, en especial a la hora de seleccionar a los autores de cada volumen, tarea que no siempre resulta fácil. En la «introducción general» que encabeza cada uno de los doce volúmenes de la colección se dice que la obra quiere continuar la «tradición democrática y progresista» de historiadores como Rafael Altamira, Pere Bosch-Gimpera, Jaume Vicens Vives, Manuel

Tuñón de Lara y Miguel Artola. No encuentro mejor compañía que estos nombres, casi todos convertidos en sombras de las fecundas vidas que han sido, para cerrar este testimonio y recuerdo del maestro y del amigo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Si no se indica otra fuente, las citas literales atribuidas a Fontana proceden del conjunto de textos reunidos en Antonio Furió y Pedro Ruiz Torres (eds.): *Josep Fontana. Sobre la Història i els seus usos públics*, Colección Honoris Causa, Universitat de València, 2018.

- ALCALÁ-GALIANO, A. (1955): «Índole de la revolución de España de 1808», en *Obras escogidas*, Madrid, BAE, pp. 309-325 [1839].
- ÁLVAREZ JUNCO, José (1985): «A vueltas con la revolución burguesa», en *Zona Abierta*, 36-37, pp. 81-106.
- ARTOLA, Miguel (1959): *Los orígenes de la España contemporánea*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 2 vols.
- (1978): *Antiguo Régimen y revolución liberal*, Ariel/Fundación Juan March.
- AUB, Max (2003): *Dietarios, 1967-1972*, edición de M. Aznar, México D.F., Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- CASANOVA, Julián (2018): «Josep Fontana, la huella de un historiador», *El País*, 29 de agosto.
- CLARÁ, Josep *et al.* (eds.): (1994): «Epistolari de Jaume Vicens Vives», *Quaderns del Cercle d'Estudis Històrics i Socials*, Girona.
- CLAVERO, B., P. RUIZ TORRES y F. HERNÁNDEZ MONTALBÁN (1979): *Estudios sobre la revolución burguesa en España*, Madrid, Siglo XXI Editores.
- COMÍN, F. (2004): «La metamorfosis de la Hacienda (1808-1874)», en *Josep Fontana. Historia y proyecto social. Jornadas de debate*, Barcelona, Crítica/Universitat Pompeu Fabra, vol. 1, pp. 31-101.
- CUESTA, Raimundo y G. HERNÁNDEZ SÁNCHEZ (2019): «Recordatorio intergeneracional de Josep Fontana», en *Con-Ciencia Social* (segunda época), 2, pp. 188-201.
- DOSSE, François (2018): *La saga des intellectuels français, 1944-1989, II L'avenir en miettes, 1968-1989*, París, Gallimard.
- FONTANA, Josep (1971 y 2002): *La quiebra de la monarquía absoluta*, Barcelona, Ariel (1.ª edición) y Barcelona, Crítica (9.ª edición).
- (1973): *Cambio económico y actitudes políticas en la España contemporánea*, Ariel, Barcelona.
- (1974): «Ascens i decadència de l'escola dels Annales», en *Recerques*, 4, pp. 283-298.

- FONTANA, Josep (1976): «Spain, 1914-1970», en C. M. Cipolla (ed.): *The Fontana Economic History of Europe*, vol. 6.2, Glasgow, Collins-Fontana Books, pp. 460-529 (con colaboración de J. Nadal).
- (1979): *La crisis del Antiguo Régimen, 1808-1833*, Barcelona, Crítica.
- (1982): *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Crítica.
- (1985): «La desamortización de Mendizábal», en A. García Sanz y R. Garrabou (eds.): *Historia agraria de la España contemporánea 1. Cambio social y nuevas formas de propiedad (1800-1850)*: Barcelona, Crítica, pp. 219-244.
- (1986): «A cinquant'anni dalla guerra civile spagnola», *Passato e Presente*, 11.
- (1990): *La era de las revoluciones*, en J. Fontana (dir.): *Historia Universal*, Barcelona, Planeta.
- (1994): *Europa ante el espejo*, Barcelona, Crítica.
- (2001): *La historia de los hombres*, Barcelona, Crítica.
- (2004): *Josep Fontana. Historia y proyecto social. Jornadas de debate*, Barcelona, Crítica/Universitat Pompeu Fabra, 3 vols.
- (2006): *De en medio del tiempo. La segunda restauración española, 1823-1834*, Barcelona, Crítica.
- (2007): *La época del liberalismo*, en *Historia de España*, vol. VI, dirigida por J. Fontana y R. Villares, Barcelona/Madrid, Crítica/Marcial Pons.
- (2011): *Por el bien del imperio, una historia del mundo desde 1945*, Pasado & Presente, Barcelona.
- (2013): «Espanya i Catalunya: 300 anys d'Història», conferencia de apertura del congreso *Espanya contra Catalunya: una mirada històrica (1714-2014)*, Barcelona, Museu d'Història Contemporània de Catalunya.
- (2014): *La formació d'una identitat. Una història de Catalunya*, Vic, Eumo editorial.
- (2015): «Respuesta al ensayo bibliográfico de Jesús Millán», *Ayer*, 98, pp. 257-260.
- (2017): *El siglo de la revolución: una historia del mundo desde 1914*, Barcelona, Crítica.
- GATELL, Cristina y Glòria SOLER (2012): *Amb el corrent de proa. Les vides polítiques de Jaume Vicens Vives*, Barcelona, Quaderns Crema.
- JOVER ZAMORA, José María (1976): «Corrientes historiográficas en la España contemporánea», en VV. AA.: *Once ensayos de Historia*, Madrid, Fundación Juan March, pp. 272-310.
- MANGONI, Luisa (1999): *Pensare i libri. La casa editrice Einaudi dagli anni Trenta agli anni Sessanta*, Torino, Bollati Boringhieri.
- MILLÁN, Jesús (2015): «El agotamiento explicativo del fracaso liberal», *Ayer*, 98, pp. 243-256.
- NADAL, Jordi-FONTANA, Josep (1976): «Spain, 1914-1970», en Carlo M. Cipolla (ed.): *The Fontana Economic History of Europe*, vol. 6.2, Glasgow, Collins-Fontana Books, pp. 460-529.

- NENCI, Giacomina (2004): «La storiografía italiana» en J. Canal, G. Pécout y M. Ridolfi: *Societés rurales du XXe siècle. France, Italie et Espagne*, Roma, École française de Rome, pp. 23-51.
- PEIRÓ, Ignacio y Gonzalo PASAMAR (2002): *Diccionario Akal de Historiadores españoles contemporáneos*, Madrid, Akal.
- PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio (1980): «La revolución burguesa en España: los inicios de un debate científico», en M. Tuñon de Lara (ed.): *Historiografía española contemporánea. X Coloquio del Centro de Investigaciones Hispánicas de la Universidad de Pau*, Madrid, Siglo XXI Editores, pp. 91-138.
- (2017): «¿Qué historia aprendían los «chicos del Preu» en 1964?», en Asunción Castro y Julián Díaz (coords.): *XXV Años de Paz franquista. Sociedad y cultura en España hacia 1964*, Madrid, Sílex, pp. 127-160.
- PÉREZ LEDESMA, Manuel (1994): «Presentación», en Pérez Ledesma et al.: *Antiguo Régimen y liberalismo. Homenaje a Miguel Artola*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid/Alianza Editorial, 3 vols., pp. 9-11.
- PIQUERAS, José Antonio (2018): «Josep Fontana: historia develada y conciencia social», *Historia Social*, 94, pp. 147-177.
- PONTÓN, Gonzalo (2017): «Tiempos de aprendizaje», en *Artes del ensayo*, 1, pp. 240-256.
- (2018): «La responsabilidad de los historiadores», *El País*, 28 de septiembre.
- PUJOL, Josep (ed.) (2001): *El pozo de todos los males. Sobre el atraso en la agricultura española contemporánea*, Barcelona, Crítica.
- RIQUER, Borja de (2018): «Retrat de Josep Fontana», conferencia en la Societat Catalana d'Estudis Històrics, IEC, Barcelona (inédita).
- RUIZ TORRES, Pedro (1994): «Del Antiguo al Nuevo Régimen: carácter de una transformación», en Pérez Ledesma et al.: *Antiguo Régimen y liberalismo. Homenaje a Miguel Artola*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid/Alianza Editorial, vol. 1.
- TACHI, Francesca (2003): «Indice analitici, 1982-2003», en *Passato e Presente*, 60, pp. 145-223.
- VIADÉL, Francesc (2016): «Converses con el Dr. Fontana», *L'Espill*, 52, pp. 197-209.
- VIARENGO, Adriano (2014): *Franco Venturi, política e storia nel Novecento*, Roma, Carocci Editore.
- VICENS VIVES, J. (1959): *Manual de Historia económica de España*, Barcelona, Editorial Teide (con la colaboración de J. Nadal) (traducción inglesa, *Economic History of Spain*, Princeton University Press, 1969).
- VILLARES, Ramón (2004): «El pasado que cambia. Reflexiones a propósito de la revolución liberal española», en *Josep Fontana. Historia y proyecto social. Jornadas de debate*, Barcelona, Crítica/ Universitat Pompeu Fabra, vol. 1.

VISCIOLA, Simone (2005): «Campagnes et sociétés rurales en Italie aux XIX et XX siècles», en J.C. Caron y F. Chavaud (dirs.): *Les campagnes dans les sociétés européennes. France, Allemagne, Espagne, Italie (1830-1930)*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, pp. 55-75.

WOOLF, Daniel (2011): *A Global History of History*, Nueva York, Cambridge University Press.

Tabla.

Obras, número de ediciones y lenguas de publicación de historiadores españoles presentes en bibliotecas de todo el mundo*

Nombre	Obras	Ediciones	Lenguas	Bibliotecas
Abellán, José Luis	428	1591	6	11209
Aguilar Piñal, Francisco	314	1033	5	6015
Artola, Miguel	629	2204	4	9424
Caro Baroja, Julio	1125	3405	8	17951
Cierva, Ricardo de la	385	1445	4	6386
Comellas, José Luis	245	827	4	4419
Domínguez Ortiz, Antonio	728	2311	8	11986
Fernández Álvarez, Manuel	442	1697	6	8043
Fontana Lázaro, Josep	447	1437	11	6456
Jover Zamora, José María	837	2425	3	6909
Maravall, José Antonio	414	1640	8	11026
Marichal, Juan	113	444	6	4276
Mestre Sanchís, Antonio	267	785	3	5431
Sánchez Albornoz, Nicolás	148	527	4	4040
Seco Serrano, Carlos	393	1253	4	7070
Soldevila, Ferran	391	1448	6	4049
Tortella, Gabriel	125	630	4	5476
Tuñón de Lara, Manuel	685	2993	8	11649
Vicens Vives, Jaume	686	2923	10	10803

* Nacidos entre 1900 y 1936, especializados en historia moderna y contemporánea, con presencia de sus publicaciones en más de 4.000 bibliotecas de todo el mundo. Para la selección de nombres y comprobación de su fecha de nacimiento, que los autores cierran en 1936, I. Peiró y G. Pasamar (2002), *passim*. Fuente: *World Cat Identities* (consulta: 8 de julio de 2019). Elaboración propia.

.....
RAMÓN VILLARES (1951) es catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Santiago de Compostela. Ha codirigido, con Josep Fontana, *Historia de España* en doce volúmenes (Crítica-Marcial Pons, Barcelona, 2007-2017). Entre sus últimas publicaciones se encuentran *Identidade e afectos patrios* (Galaxia, Vigo, 2017) y *Galicia, una nación entre dos mundos* (Pasado & Presente, Barcelona, 2019).